

MUNDOS IMAGINARIOS

En cuanto al espacio narrativo, la geografía y las dimensiones que den cabida a la historia, habrán de oscilar entre la medida microscópica de un sencillo impulso y la descomunal anchura de la imaginación de un niño o de un loco. Así se sabe que el niño-poeta, antes de dormirse, viajaba por territorios inexpugnables sustentados en los pilares de la magia. Esto lo comprenderán bien aquellos que fueron niños en una Europa siempre vieja y hoy despreciada por las nuevas hordas juveniles y americanizadas (o americanamente antiamericanas). Ahora mismo los lugares —el escenario— ya no resultan susceptibles de transmitir, al margen de los personajes, mágicas ensoñaciones ni imágenes imposibles como las que antaño embaucaban a los niños-soñadores en esta parte del mundo (Perrault, Carroll, Andersen, Dickens, Verne, Salgari, Kipling...; cadáveres desintegrados a los ojos de un niño de hoy)

Hay ciudades en el mundo (Katmandú, Pernambuco, Sebastopol, Hammelin, Tombuctú, incluso Bagdad) cuyos nombres, por sí mismos, siempre han despertado en los niños un misterioso regusto de incertidumbre. Son ciudades que durante mucho tiempo han ocupado un lugar prominente en el imaginario infantil, obligando al niño a sospechar de su verdadera condición (¿real o ficticia?), hasta que las decepciones del conocimiento adulto permitieron a ese niño cerciorarse de que en efecto esas ciudades existen y no son meros adornos consabidos de la literatura. Ciudades que con el paso del tiempo —y el engorde de la llamada cultura general a la que antes aspiraban los adultos y ahora no— al que un día fue niño se le han ido mezclando con otras de las que, a su vez, ha llegado a rechazar su inexistencia, teniéndolas, sin sonrojo que valga, por auténticas, aun siendo conocedor de su falsedad: Comala —por más que ahora vengan a decirle a uno que este pueblo existe dentro de un estado mexicano llamado Colima—, Pandemonium, Macondo, Santa María, Castroforte del Baralla, Ciudad de los Inmortales...

Entre las primeras, decepcionantemente reales, y las últimas, decepcionantemente falsas, hicieron crecer en el imaginario del niño-hombre un mapamundi pleno de referencias y sugestivas sensaciones difíciles de justificar y, más aún, de reemplazar. Era su mundo, el cual no precisaba de viajes ni constataciones en lo que a sus atmósferas, orografías, colores, faunas, cielos o climas se refiere. El hombre-niño tenía ante sí un planisferio sostenido, en medio de la nada, por cabezas de dragón y caballos alados y ángeles con largas trompetas y querubines o tronos soplando los vientos que habrían de mecer el orden del mundo más antiguo que nos cabe imaginar. Un planisferio atiborrado de fantásticos nombres en latín, así nombrando recodos de tierra como de mar, o vientos, montañas y ríos. Y, sobre todo, se abría para aquel niño-hombre-niño un mundo del que nadie le hablaba, debido a que nadie había visitado jamás, ni en sueños, dichos lugares abandonados en la quimera. Nadie, salvo los libros antiguos que nadie escribió.

En suma, un mundo abarcable para el adulto desde la inmensidad que le brinda su butaca y su predisposición abierta de par en par a los más insospechados horizontes, avizorando tal que un gaviero, si bien con los ojos cerrados.

Viajar a lugares que en realidad es factible hacerlo (Katmandú, Pernambuco, Sebastopol, Hammelin, Tombuctú, incluso Bagdad), o la sencilla posibilidad de recrear ciertos viajes imposibles (Comala, Pandemonium, Macondo, Castroforte del Baralla, Ciudad de los Inmortales, Santa María), significa en ambos casos algo semejante a borrar por completo las preferencias inconfesables de cada cual y sus rincones preferidos, algo semejante a romper en mil pedazos el mapamundi que entretiene a algunos en su sedentario paso por este mundo.

No se conoce a nadie que haya puesto sus civilizados pies en esos lugares —ni en los ficticios con aires de verosimilitud ni en los reales con vitola de imaginación— y por lo tanto no hay, hasta este momento, quien haya podido venir a contar nada acerca de ellos.

Tanto los verdaderos como los inventados por los escritores, no son más que espacios de imposible verificación, lo cual significa que todo lo que a ellos concierne permanece a merced de la imaginación y la fidelidad ante lo que un nombre —sea de ciudad, de animal, de mar, de montaña o de joven hermoso— pueda transmitir. Esa realidad colma. No se busca otra.

La verdad es que los nombres de esas ciudades, tanto los sitios que son de verdad, aunque no lo parezcan, como los inventados, que en cambio sí tienen traza de ser reales, transmiten una interminable sinfonía en clave de ensueño.

Tan irrealizable ha de resultar un viaje a Katmandú como otro a Macondo; pero no cabe duda de que, pese a los temores por ver derrumbarse un mito si llegara a hacerse realidad dicho viaje, semejante aventura vendría a representar la inmersión en una quimera. Como descorrer el telón perezoso de los sueños y romper así la ilusión de lo imaginado. Sería una catástrofe. Mi hijo acaba de llegar de Katmandú. ¿Qué está pasando?...